

DESCARTES. Texto 2

No sé si debo hablaros de las primeras meditaciones que hice allí, pues son tan metafísicas y tan poco comunes, que no serán tal vez del gusto de todo el mundo. Sin embargo, a fin de que se pueda juzgar si los fundamentos que he considerado son bastante firmes, me encuentro de alguna manera obligado a hablar de ellas. Hacía mucho tiempo que había advertido que, respecto de las costumbres es necesario algunas veces seguir opiniones que se saben muy inciertas, como si fueran indudables, tal como ha sido dicho en la parte anterior; pero, como por entonces quería dedicarme solamente a la búsqueda de la verdad, pensé que era preciso que hiciese todo lo contrario y que rechazase como absolutamente falso todo aquello en que pudiese imaginar la menor duda, a fin de ver si no quedaría, después de esto, algo en mi creencia que fuese enteramente indudable. Así, puesto que los sentidos nos engañan algunas veces, quise suponer que no había cosa alguna tal como nos la hacen imaginar. Y puesto que hay hombres que se equivocan al razonar, incluso en lo tocante a los más simples asuntos de geometría, e incurrían en paralogismos, juzgando que yo estaba sujeto a equivocarme, tanto como cualquier otro, rechacé como falsas todas las razones que había admitido con anterioridad como demostrativas. Y en fin, considerando que todos los pensamientos que tenemos estando despiertos se nos pueden también aparecer cuando dormimos, sin que haya ninguno entonces que sea verdadero, resolví fingir que todas las cosas que en cualquier momento habían entrado en mi espíritu no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños. Pero, inmediatamente después, advertí que, mientras quería de ese modo pensar que todo era falso, era preciso necesariamente que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa. Y dándome cuenta de que esta verdad: *yo pienso, luego soy*, era tan firme y tan segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no eran capaces de hacerla tambalear, juzgué que podía admitirla, sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que buscaba.

Después, examinando con atención lo que yo era, y viendo que podía fingir que no tenía cuerpo alguno, y que no había mundo ni lugar alguno en el que yo estuviese; pero que no podía fingir, por ello, que [yo] no era; y que al contrario; por lo mismo que pensaba en dudar de la verdad de las otras cosas, se seguía muy evidentemente y muy ciertamente que yo era; mientras que, con sólo que hubiese dejado de pensar, aunque todo el resto de lo que había en algún momento imaginado hubiese sido verdad, no tenía razón alguna para creer que yo era: conocí, por ello, que yo era una substancia cuya esencia toda o naturaleza no es sino pensar, y que, para ser, no tiene necesidad de lugar alguno, ni depende de cosa material alguna. De suerte que este yo, es decir el alma por la cual yo soy, es enteramente distinta del cuerpo, y hasta más fácil de conocer que éste, y aunque el cuerpo no fuera, el alma no dejaría de ser todo lo que es.

Después de esto, consideré en general lo que se requiere en una proposición para que sea verdadera y cierta; porque, puesto que acababa de encontrar una que sabía que era tal, pensé que debía también saber en qué consiste esa certeza. Y habiendo notado que en *yo pienso, luego soy*, no hay nada que me asegure que digo la verdad, sino que veo muy claramente que para pensar es necesario ser: juzgué que podía admitir como regla general que las cosas que concebimos muy clara y muy distintamente son todas verdaderas; no obstante sólo hay alguna dificultad en advertir satisfactoriamente cuáles son las que concebimos distintamente.

Descartes *DISCURSO DEL MÉTODO* (Parte IV)

CUESTIONES:

1ª.- Analiza el significado que tienen en el texto las nociones de “duda” y “certeza”.

En la filosofía cartesiana la llamada duda metódica tiene su razón de ser como consecuencia de la aplicación del método, concretamente como resultado de la exigencia de la primera de sus reglas: no tomar como cierto nada que no se manifieste con plena evidencia como tal cosa cierta, esto es, como algo claro y distinto. Para proceder a ver cuáles son esas cosas

ciertas, Descartes va a empezar por someter todo conocimiento a la duda, con el fin de ver si existe alguna verdad que resista tal duda, y en caso afirmativo tomarla como criterio e inicio de siguientes verdades; se trata de una especie de reducción al absurdo, someter todo a la duda, negar toda certeza para ver si con ello damos con alguna que se resista a toda duda. Lo dicho: se trata de una duda que busca certezas, una exigencia del método; de ahí lo de duda metódica. Digamos finalmente, antes de ver cómo se dice todo esto en el texto que, frente a los escépticos, en cuya filosofía la duda representa una situación a la que se llega, de la que no se logra salir, como queda dicho, en el caso de Descartes, la duda no es más que un procedimiento para dar con la certeza; luego, nada más alejado de la filosofía de nuestro autor que el escepticismo.

En las líneas 7 a 10 Descartes nos da cuenta del porqué de la duda que él plantea: “como por entonces quería dedicarme solamente a la búsqueda de la verdad, pensé que era preciso que hiciese todo lo contrario y que rechazase como absolutamente falso todo aquello en que pudiese imaginar la menor duda, a fin de ver si no quedaría, después de esto, algo en mi creencia que fuese enteramente indudable”. Queda claro pues que el objetivo de Descartes con la duda es hallar algo que se le resista, algo de lo cual se pueda afirmar sin duda que es cierto, algo a lo que no le quepa ninguna duda. A continuación expone lo que podemos denominar tres niveles o motivos de duda: en primer lugar la duda del conocimiento obtenido por los sentidos: “puesto que los sentidos nos engañan algunas veces, quise suponer que no había cosa alguna tal como nos la hacen imaginar” (líneas 11-12); en segundo lugar, somete a duda el conocimiento obtenido del razonamiento demostrativo, como en el caso de las matemáticas: “hay hombres que se equivocan al razonar (...) rechacé como falsas todas las razones que había admitido con anterioridad como demostrativas” (líneas 12-15); valga el decir con respecto a este segundo motivo de duda que en otra obra, las Meditaciones metafísicas, Descartes postula la existencia de un genio maligno engañador cuyo poder es tal que puede llevar a errar en todas las ocasiones, incluidas aquellas en las que se sigue una certeza del tipo de la certeza matemática: se trata de la llamada duda hiperbólica, un extremo que lleva a someter a la duda incluso al conocimiento matemático, y que se sostiene, como aquí se dice, en la posibilidad del error humano; el tercer nivel de la duda tiene que ver con lo que se sigue del sueño, la dificultad, e incluso imposibilidad de discernir la realidad propia de la vigilia de aquella situación propia del sueño: “resolví fingir que todas las cosas que en cualquier momento habían entrado en mi espíritu no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños” (líneas 17-19). Después de esto, Descartes encuentra que su propio pensar, el ser consciente de sí mismo, aquello en lo que él consiste no puede ser sometido a duda, pues la propia duda lo requiere: “conocí, por ello, que yo era una substancia cuya esencia toda o naturaleza no es sino pensar, y que, para ser, no tiene necesidad de lugar alguno, ni depende de cosa material alguna” (líneas 30-32) de donde se sigue la primera certeza que a la vez se convertirá en criterio de todo lo que en adelante hubiera de ser considerado como cierto: “consideraré en general lo que se requiere en una proposición para que sea verdadera y cierta; porque, puesto que acababa de encontrar una que sabía que era tal” (líneas 35-36).

2ª.- Explica las razones que emplea Descartes para afirmar: “esta verdad: yo pienso, luego yo soy, era tan firme y tan segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no eran capaces de hacerlas tambalear”.

Ya ha quedado apuntado en la cuestión anterior que esa verdad, “yo pienso, luego yo soy” es la primera certeza con la que Descartes se encuentra tras el sometimiento a la duda de todo conocimiento; pero ¿qué razones aporta Descartes para afirmar que ese “pienso luego existo”, ese “cogito” es inmune a la duda y puede ser tomado como una –la primera- certeza? Veamos: en las líneas 24-26 Descartes sostiene: “podía fingir que no tenía cuerpo alguno, y que no había mundo ni lugar alguno en el que yo estuviese; pero no podía fingir (...) que [yo] no era”; ello significa que tal y como se plantea en los primeros párrafos del texto, y como ya ha quedado dicho en la anterior cuestión, Descartes somete todo su conocimiento previo a la duda, y con ello puede incluso llegar a dudar de la existencia de la realidad material o extensa, de su realidad corpórea ocupando un lugar (tal duda es la que se sigue de lo que ha dicho con respecto a la vigilia); pero de lo que no puede dudar es de su yo como ser pensante, pues ello supondría negar siquiera la propia posibilidad de existir: “con sólo que hubiese dejado de pensar (...) no tenía razón alguna para creer que yo era” (líneas 28-29); así pues, de esa certeza del yo, del “cogito” ni “las más extravagantes suposiciones de los escépticos no eran capaces de hacerlas tambalear”. Ese yo

consiste, pues, exclusivamente en ser una realidad pensante: “yo era una substancia cuya esencia (...) es pensar” (línea 30). A continuación, Descartes pretende dejar bien claro que esa primera verdad, ese “yo existente sin duda”, es algo distinto de lo físico o corpóreo, lo cual puede que no exista; con ello se hace patente su propuesta de dualismo antropológico: “este yo, es decir el alma por la cual yo soy, es enteramente distinta del cuerpo” (línea 32), en definitiva, que cuerpo y alma son realidades diferentes. Finalmente, en el último párrafo del fragmento, Descartes analiza el porqué de esa certeza, la razón de que se trate de un conocimiento evidente: “en yo *pienso, luego soy*, no hay nada que me asegure que digo la verdad, sino que veo muy claramente que para pensar es necesario ser: juzgué que podía admitir como regla general que las cosas que concebimos muy clara y muy distintamente son todas verdaderas” (líneas 39-42), es decir, ese “cogito” se trata de una verdad intuitiva (Descartes reconoce la intuición y la deducción como dos maneras distintas de proceder en el conocimiento); intuitiva porque tal verdad se me manifiesta de un modo inmediato como tal, sin necesidad de nada más, y es posible reconocerla como cierta en tanto se presenta como una verdad clara y distinta; con ello se cumple el requisito de la primera regla del método, la evidencia, no necesitando de mayor prevención para admitirla. Además, como queda patente en la cita, éste será el criterio de toda certeza futura: aquello que se me presente con una evidencia similar a la del “cogito” deberé tomarlo como cierto.